

disciplinas de nuevo tienen dificultades con su propia imagen; piénsese, por ejemplo, en el actual desconcierto que reina en la psicología y la sociología. La psicología de nuevo está coqueteando con la filosofía, a la que una vez renunció con gran desprecio. La sociología, por seguir cómodamente lo que C. Wright Mills llamó "la Gran Celebración Norteamericana", ha sido acusada de darle la espalda al mundo.

Rivalidad, confusión, acusaciones, todo ello forma parte de la historia de la ciencia; la mayoría de los científicos las llamaría "dolores del crecimiento". La ciencia es, después de todo, una actividad acumulativa, histórica: no debe rendir cuentas en ningún momento, ni tiene que justificar sus actividades como una operación mercantil con pérdidas y ganancias, ni abrir sus libros de contabilidad a una auditoría pública; pero en la segunda mitad del siglo xx somos testigos de algo que parece un general cambio de actitud. Las ciencias sociales siempre han imitado a las ciencias físicas, y hoy día han descubierto que en las ciencias físicas hay una gran inquietud; muchos físicos están tratando precisamente de rendir cuentas, de abrir sus libros de contabilidad y sus corazones al público. Están descubriendo, en otras palabras, que los dolores del crecimiento de la ciencia no necesariamente benefician al hombre.

¿Qué puede decir el sociólogo? Durante más de medio siglo creyó que progresaba, pero hoy día no se encuentra seguro. Sus luchas pueden no tener sentido; quizá él no tiene nada de que dar cuentas al mundo. ¿Fue un error separarse de la filosofía? ¿Es una falacia el valor de la libertad? Si es así, ¿cuál es la relación de las ciencias sociales con la política pública? El sociólogo desea ser agradable, admirado, quizás hasta recompensado por la humanidad, y la única manera de merecer esto es demostrar que lo que conoce y hace tiene una relación real con los deseos y las necesidades humanas, y que si no es así hoy día, por lo menos lo será en un futuro imaginable. Este sentimiento es especialmente característico de los grandes periodos de crisis causados por los cambios sociales, como los que esta-

mos viviendo. El sociólogo tiene una conciencia, y si juzga su trabajo por esta norma, siente un verdadero malestar. Si juzga por las necesidades de la época, no hay nada que se parezca ni remotamente a una ciencia del hombre: sólo hay montañas de revistas especializadas, y enjambres de especialistas atareados. ¿Cuál es su eficacia en relación con los enormes problemas de la vida y de la dignidad humana en nuestra época? Formular esta pregunta casi equivale a contestarla: consideradas separadamente, la mayoría de las actividades académicas en las ciencias sociales representan un trabajo trivial. Sin duda este trabajo es arduo, seguramente bien intencionado, a veces profundamente alentador y angustiado, pero casi no tiene relación con los problemas del hombre en la sociedad contemporánea.

Desde luego, muchos sociólogos se muestran estoicamente indiferentes cuando se trata de relacionar la ciencia con los problemas de su época. Se aferran a su fe en la ciencia desinteresada, acumulativa, y creen que la ciencia de alguna manera beneficiará automáticamente al hombre, con tal de que la dejen en paz y la subvencionen decididamente. A juzgar por las necesidades de la época, esta fe parece arrogante; a juzgar por la evidencia de la historia, es ingenua, y la ciencia juzga por la evidencia. Aún más, juzgada por la historia, esta fe en una apoteosis futura de la ciencia es una teleología, que se encuentra absoluta y ciegamente en el error. Las ciencias físicas requirieron más de 300 años para demostrar esto; los sociólogos han confiado en su futuro durante siglo y medio. Mientras tanto, el mundo continúa manipulado por los políticos en el poder, por los belicistas y por los grupos con intereses creados, que se burlan de las ciencias sociales, o que aprovechan lo que saben de ellas en su beneficio, y mediante el odio y el temor.

Debo aclarar que no estoy escribiendo un libro para apoyar cuestiones partidistas, ni deseo adoptar un punto de vista negativo ante las posibilidades de una ciencia del hombre. Al contrario, si las opciones fueran una enfermedad incurable, o una teleología alentadora, no habría ra-